

MEMORIA DE RAIMUNDO DE LOS REYES

ASENSIO SÁEZ

Hizo su obra, y habló con los amigos... Pero creo que es grato, además, pensar en un muchacho de veinte años, cruzando las calles murcianas de 1916 con un paquete de cuartillas bajo el brazo...

Francisco Alemán Sainz
"Habitantes de Murcia"

Fue María Cegarra Salcedo quien por vez primera me habló de Raimundo de los Reyes. Amigo de Andrés, hermano de María, hubo un tiempo en que Raimundo dirigió cordialmente sus pasos hacia La Unión, en entrañable visita al escritor enfermo, vencido por una parálisis que lo habría de inmovilizar hasta su muerte. Por medio pesaban aquellas afinidades que unían a los dos escritores: el amor a la tierra, el fraternal compañerismo, los copiosos proyectos: edición de libros, periódicos, revistas, obra propia con destino a publicaciones literarias... Había fundado por entonces Andrés su Editorial Levante y una estimable colección de títulos iba enriqueciendo paulatinamente su catálogo. En su libro "Sobre mis pasos", Pedro García Valdés, de algún modo cofundador de la Editorial Levante, proporcionó a ésta los siguientes adjetivos, totalmente veraces: "pomposa, ingenua, minúscula, descomunal".

Admiradora María de la obra de Raimundo, tuvo la gentileza de regalarme un ejemplar de "Campo", uno de los libros del escritor, aconsejándome:



—Tienes que conocer personalmente a Raimundo.

Siempre generosa conmigo, jovenzuelo yo por entonces, terca María en abrirles caminos a mis torpes cuartillas literarias, ella misma envió a Raimundo, por aquellos años embebido en los fascinantes ámbitos periodísticos de Madrid, uno de mis primeros cuentos. Téngase presente que más tarde, en su libro “Revistas murcianas relacionadas con la generación del 27”, Francisco Javier Díez de Revenga escribió a Raimundo referido: “La personalidad de este escritor se centra... en el periodismo activo, ámbito en el que llegó alcanzar un primerísimo nombre nacional”. Por contestación, Raimundo remitió a María un ejemplar de “Primer Plano”, la espléndida revista en la que tan eficazmente intervenía Raimundo. Pasamos María y yo, ávidamente, sus páginas hasta encontrar en una de ellas mi cuento. En aquel momento no entendí yo por qué las campanas de mi pueblo no repicaban a gloria.

—¿Ves, hijo? Tú tienes que ir a Madrid, a conocer a Raimundo —porfiaba María, mientras buscaba un ejemplar del almanaque literario, en verdad bien editado, último hallazgo periodístico de Andrés, señalándome en las páginas dedicadas a Raimundo, el espléndido retrato de éste, firmado por el impagable Gil de Vicario:

—¿Sabes? Raimundo envió a la Editorial Levante los poemas que acompañan al dibujo, luego incluidos en su libro “Abecedario”.

Me contó entonces María cómo, cuando estaba a punto de terminarse en la imprenta la edición del mencionado almanaque literario, Andrés había muerto. Un joven escritor unionense, Antonio Ros, luego famoso oftalmólogo en Méjico, se hizo cargo de los últimos retoques de la mencionada edición. En la primera página del almanaque escribió: “No pudo ver Andrés cristalizado su último anhelo. Todo su deseo de finalizar este número almanaque que, como todos los años, dictaba desde su sillón, donde la enfermedad cercenaba cada minuto una posibilidad a su precaria fisiología, quedó palpitante en el espacio, como su alma joven, sin que el postrer hálito de su vida se prolongara lo bastante para lograr el propósito”.

Emotivo detalle a tener en cuenta: el hombro de Raimundo de los Reyes conoció el peso del amigo muerto, camino del cementerio. Y así lo vino a testificar luego el propio Raimundo cuando, en homenaje a Andrés, se editó el libro “Bodas de plata con la muerte”:

*Amigo mío ausente:
En el recuerdo inmóvil te quedaste
en la misma postura en que viviste.
Tendida conocí tu arquitectura,
abatido nogal no carcomido
con prodigiosos brotes*





Dibujo de Muñoz Barberán



en el reseco tronco inútil.

.....
*Y en el hombro en que un día
 te apoyaste camino del reposo
 que anhelabas con tanto afán, me nacen
 inmarcesibles rosas de recuerdo
 que perfuman mi vida de nostalgia
 y te traen hasta mí resucitado.*

Corría por entonces un tiempo en que ciertamente a la cultura le costaba dar gato por liebre. Acababa de estrenar García Lorca su “Mariana Pineda”, Max Ernst estampaba su firma en su “Gran bosque” y un tal Al Johnson lograba traumatúrgicamente que el cine hablara tras muchos años de silencio, hecho a considerar de algún modo en relación con el tema que venimos tratando. Téngase en cuenta que Raimundo de los Reyes viene al mundo con el cine recién nacido.

Cuando, al fin, uno llega a conocer, andando el tiempo, a Raimundo de los Reyes, ya hombre maduro, en nada se parece al retrato de Gil de Vicario. Inolvidable palabra cordial la suya, terminada con un ruego: no olvidar saludar a María en su nombre.

Luego, cuando María se fue hacia el encuentro con su hermano muerto, uno vino a echar pronto de menos su caudal de generosidades así como su tesoro de sabidurías. Ahora mismo, por ejemplo, advierto la falta de alguna anécdota inédita sobre Raimundo con la que María hubiese animado el final de este trabajillo, coloreándolo. Requiero así, a cambio, las páginas de los “Poemas póstumos” de Raimundo, y en su homenaje vuelvo a leerlos devotamente; hermoso final a cargo del propio poeta para estas líneas en su memoria escritas:

*...Si tanta cosa vana en este mundo
 la voluntad nos prende y nos cautiva
 sin temor al profundo
 abismo ni a la dura roca altiva
 que a nuestro afán obstáculos procura,
 ¿cómo temer la muerte, si a su vera
 caminos se inauguran
 hacia ese mundo donde Dios espera?*

